

LA VACUNACION HOMEOPATICA CONTRA LA FIEBRE AMARILLA EN LA HABANA, 1855

Pedro M. Pruna

En un artículo anterior (1) se hizo referencia a la aplicación en La Habana, en 1855, de un «método profiláctico» contra la fiebre amarilla. Se trataba del procedimiento ideado por un individuo que se identificaba como Guillermo Lambert de Humboldt, y decía ser sobrino del célebre Alejandro de Humboldt.

En octubre de 1854, este Guillermo L. de Humboldt remitió a la Academia de Ciencias Médicas de La Habana (que aún no existía, se fundó en 1861) una *Disertación sobre un nuevo método profiláctico contra la fiebre amarilla*, (2) donde afirmaba haber probado con buen éxito (en Veracruz y Nueva Orleans, de esta última ciudad venía su carta) un tratamiento contra la fiebre amarilla basado en la inoculación de la toxina de una víbora. El autor de la *Disertación* se ofrecía para aplicar su procedimiento en La Habana, a lo cual accedió el capitán general, José Gutiérrez de la Concha. La «vacunación» se llevó a cabo, en efecto, durante 1854 y 1855 y abarcó centenares de militares y civiles, a lo cual haremos referencia más adelante.

El hecho resulta notable por dos razones: en primer lugar, porque Humboldt se dirige a la Academia de Ciencias Médicas de La Habana, cuya creación venía gestionándose; estos trámites se hicieron muy activos a raíz del fracaso del «método profiláctico». La segunda razón es que, desde fines de 1854 y hasta marzo de 1855, La Habana se hallaba prácticamente en pie de guerra, pues se esperaba la llegada de una expedición

anexionista, al mando del general sureño Quitman, posiblemente desde la propia Nueva Orleans.

No poseemos evidencias documentarias que establezcan alguna relación entre la introducción en Cuba del «método» de Humboldt y la reactivación de las gestiones en favor de una Academia, o que la vinculen con la expedición antes mencionada. Debe tenerse en cuenta, no obstante, que las referencias a la aplicación en Cuba de dicha profilaxis homeopática fueron rápidamente retiradas de la prensa de la época. Ejemplo de ello es que el informe del médico militar Carlos Jacobi y Laranjuez sobre este suceso, del cual fue testigo, no vino a publicarse sino en 1912.

El hecho mismo de la «vacunación», sin embargo, no escapó a la atención de algunos investigadores cubanos, ya en nuestro siglo. Jorge Le Roy halló el manuscrito del mencionado trabajo de Jacobi y lo publicó (3). Francisco Domínguez Roldán, por su parte, se refirió brevemente a los hechos:

Si yo me hubiese permitido, a semejanza de otros autores, hacer citas sin tomarme antes la molestia de leer los trabajos originales, de seguro que habría citado el nombre del Dr. Nicolás B. K. Mancini, así como su libro, publicado en 1858 bajo el título de: *Inoculaciones preventivas de la fiebre amarilla, practicadas por orden del Gobierno Español en el Hospital Militar de La Habana*.

En dicha obra se trataba de ciertas inoculaciones propuestas por el Dr. Lambert Humboldt y aceptadas, en nombre del Gobierno español, por el general José de la Concha, marqués de La Habana y Capitán General de la isla de Cuba.

En 1855, cuando fui a Madrid a presentar mi tesis de doctorado sobre la fiebre amarilla, visitaba con frecuencia al marqués de La Habana, compañero de armas de mi abuelo. Hablamos entonces de esas inoculaciones y también del *Informe* que, con carácter oficial redactó el Dr. Basterreche, enjuiciando desfavorablemente el libro del Dr. Mancini y las estadísticas confeccionadas con observaciones que carecían de todo valor, puesto que se trataba de *inoculaciones a base del veneno de un ofidio* (4).

En 1963 se publicó un trabajo inédito de Jorge Le Roy (escrito en 1922), que resume los sucesos en los siguientes términos:

En 1854 el alemán Dr. Guillermo Lambert de Humboldt escribió al General D. José de la Concha, Gobernador General de la Isla de Cuba, ofreciéndolo tratar la fiebre amarilla con el veneno de un ofidio, inoculado a la manera de la vacuna, para poner a los soldados al abrigo de la

enfermedad. Aceptada la oferta, se comenzaron las inoculaciones el 18 de diciembre de 1854, en el Hospital Militar de La Habana, bajo la vigilancia de una Comisión formada por el Decano de la Facultad de Medicina, Dr. Castroverde y los Dres. Angel J. Cowley y José Benjumeda, inoculándose hasta septiembre del siguiente año 2477 individuos sin haber tenido ningún resultado fatal. El Jefe de Sanidad Militar, Dr. Fernando Basterreche, elevó al Capitán General, en 25 de enero de 1856 un Informe sobre estas inoculaciones, suspendidas con motivo de la segunda epidemia de cólera morbo que azotó a nuestra patria, y por haberse dedicado a explotar el procedimiento en la clientela civil; de cuyo informe resulta que la mortalidad en los enfermos no inoculados fue en esos años de 22,99 contra 29,39 en los inoculados.

El Dr. Nicolás Manzini, escribió en 1858 un libro editado en París, *Histoire de l'Inoculation Préservative de la Fièvre Jaune Pratiqué par Ordre du Gouvernement Espagnol à L'Hôpital Militaire de La Havana (sic)*, en el que describe *in extenso* todo lo relacionado con dichas inoculaciones del *crotallus*, por haber sido el colaborador de Humboldt (5).

Tanto la referencia de Domínguez Roldán como la de Jorge Le Roy eran conocidas por el biógrafo de Nicolás Manzini, su nieto Miguel García Manzini, quien las reproduce en las páginas 79-80 y 84 de su estudio (escrito en 1969) (6).

No cabe duda de que la exposición contemporánea más completa de estos hechos se halla en el libro de Manzini (7), quien no parece haber conocido la memoria original de Humboldt (consultada por nosotros), ni los oficios referentes a estos sucesos, pero que ofrece una gran cantidad de datos sobre esta cuestión.

Nicolás Manzini y Carlí (1812-1896), nació en Forli, en la Romaña, el 10 de agosto de 1812, participó en una conspiración contra el dominio austriaco —dirigida por el industrial Circo Menotti—, por lo cual tuvo que exiliarse en Francia en 1831. Al parecer continuó conspirando, y en 1837 fue condenado —en contumacia— a veinte años de galera. En París cursó estudios de medicina, y en 1841 obtuvo el grado de doctor. En 1843 se estableció en La Habana, de 1846 a 1850 vivió en la ciudad de Sancti Spiritus, entre 1850 y 1858 residió de nuevo en La Habana, y luego regresó a la villa espirituana. Falleció el 22 de marzo de 1896 en la ciudad de Cienfuegos, donde había sido cónsul de Italia (8).

La obra de Manzini, *Histoire de l'Inoculation Préservative de la Fièvre Jaune...*, fue publicada en París por la reputada casa J. B. Baillièere et Fils y, como declara el propio Manzini en el *avertissement*, su publicación fue supervisada por «notre confrère, M. Littré, de l'Institut», quien no puede

ser otro que Emile Littré, el renombrado filólogo y médico, seguidor de Auguste Comte, miembro por aquella época de la Academia de Inscripciones.

El relato que incluye Manzini en su libro, el cual confirma casi todo lo que ya sabíamos de este episodio, y los datos que ya poseíamos nos permiten reconstruir los hechos con bastante certidumbre.

La *Disertación* de Humboldt está fechada en Nueva Orleans el 4 de octubre de 1854 y, como ya indicamos, está dirigida no al capitán general José Gutiérrez de la Concha, sino a la aún inexistente Academia de Ciencias Médicas de La Habana.

Decía el autor de la *Disertación* que desde 1847 había vivido en Veracruz y que —en 1849—, con autorización del gobierno mejicano se dedicó a «observar y asistir a todos los criminales que casi mensualmente llegan en cuerda del interior, destinados a los presidios de Veracruz y San Juan de Ulúa». Durante sus indagaciones, Humboldt encontró que los enfermos de fiebre amarilla había sido mordidos por una víbora. Decidió entonces inocularlos con un líquido procedente de la «fermentación pútrida» del hígado y el parénquima de carnero, órganos que habían sido sometidos previamente a la mordedura de la referida víbora. Según él, todos los así tratados desarrollaron los síntomas de la enfermedad, pero se recuperaron e hicieron inmunes a ella. Procedió entonces a extender el tratamiento a 200 personas más «y ninguno de ellos en tres años subsecuentes ha vuelto a tener otro ataque de fiebre amarilla».

Ante tan halagüeñas noticias, el general Concha encargó del asunto al doctor Fernando Basterreche, jefe de la Sanidad Militar de la Isla, quien a su vez tomó opinión a diferentes médicos, los cuales estuvieron de acuerdo en que la inoculación propuesta por Humboldt se realizara *experimentalmente* en Cuba. Tal fue, también, la opinión de la Universidad.

Humboldt se trasladó a La Habana y comenzó a aplicar su tratamiento el 18 de diciembre de 1854. El primer inoculado fue el teniente coronel de ingenieros Fermín Pujols.

Obsérvese que las inoculaciones comenzaron mucho antes de que se recibiese de España la autorización pertinente (marzo de 1855), según los oficios que hemos examinado y que demuestran el interés de la Armada por tener las inoculaciones bajo su control.

En efecto, como apunta Manzini, el general de Quesada «exigió que se hiciera inocular a los marinos» y —según los oficios— ya el 13 de enero de 1855 el jefe del apostadero de La Habana informaba al ministro de la Marina que 112 marineros y 34 soldados se habían ofrecido como voluntarios.

Pero también pidieron ser inoculadas 52 hermanas de la Caridad de San Vicente de Paúl y sus deseos fueron satisfechos de inmediato (9).

Sin embargo, la comisión universitaria que debía supervisar la inoculación, presidida por el Decano de Medicina José de Llétor Castroverde, puso objeciones al experimento de Humboldt. Este administraba un «sirope» de la planta *Mikania guaco* (hoy *Mikania cordifolia*) a los inoculados, y el profesor José Antonio Benjumeda demandó que los efectos de este sirope se probaran por separado, sobre animales. Lo que se trataba de comprobar era si los síntomas de la fiebre amarilla, que según Humboldt eran provocados por su inóculo, se debían en realidad a la administración del «guaco». Mas Humboldt se negó a realizar tal comprobación, y Manzini lo justificaba, citando para ello los testimonios de varios autores sobre los efectos del guaco, muy diferentes de los causados por venenos de ofidios. También se negó Humboldt a suministrar a Castroverde muestras del suero que utilizaba en las inoculaciones.

Obviamente, en tales condiciones la comisión supervisora nada podía hacer, y así debe de haberlo comunicado a las autoridades. Si Humboldt pudo continuar sus inoculaciones fue gracias al apoyo del capitán general:

La nouvelle de l'inoculation produisit une grande sensation dans le public, et l'opinion seconda admirablement le general Concha dans sa manière de voir. On croyait voir dans la vaccine un antécédent qui rendait possible la découverte annoncée par M. de Humboldt: et, comme l'inoculation provoquait, disait-on, une fièvre jaune en miniature, on partait de ces données pour se livrer à de curieuses discussions, qui s'appuyaient tant bien que mal sur Jenner et l'homeopathie.

Mais tout cédait à l'attitude du général Concha, qui voulait savoir à quoi en tenir sur le compte de l'inoculation (10).

El propio Manzini practicó más de 2.000 inoculaciones en el hospital militar, los conventos, la casa de salud de Garcini y en la ciudad, y el 18 de febrero de 1855 se dirigió al cónsul general de Francia en La Habana, interesándolo en este asunto. Debido a ello, llegaron a la ciudad los médicos Riou-Kérenal y Longuetau y el farmacéutico J. J. A. Pichaud, enviados por el gobernador de Martinica para observar y estudiar el método de Humboldt.

Humboldt había afirmado, en su *Disertación*, que ni un solo caso de los inoculados por él había padecido, en los tres años siguientes, de fiebre amarilla. Pero entre los inoculados en La Habana comenzaron a producirse decesos a causa de esta enfermedad. De allí que, en mayo de 1855, el

doctor Basterreche nombrara una comisión investigadora, esta vez presidida por el doctor Nicolás José Gutiérrez, cirujano mayor del Hospital Militar y el principal promotor de la creación de una Academia de Ciencias Médicas en La Habana. El trabajo de esta comisión y la reaparición del cólera en La Habana llevaron a detener las inoculaciones el 28 de junio de 1855, cuando ya habían sido realizadas sobre 2.477 militares (1.214 del Ejército y 1.263 de la Marina). No se sabe cuántos civiles fueron «vacunados» (Manzini no da el dato) en la casa de salud de Garcini (arrendada por Humboldt) y en otros sitios de la ciudad, incluyendo la propia casa de Humboldt (Villegas y Plaza del Cristo).

Según las estadísticas que brinda Manzini (tomadas del informe de Basterreche, que reproduce), de los 2.477 militares inoculados, 228 padecieron la fiebre amarilla y 67 murieron; mientras que de 1.309 militares no inoculados que contrajeron la enfermedad fallecieron 301. La proporción de muertes sobre el total de los que enfermaron resulta ser, pues, de 22,99% para los no inoculados y 29,39% para los inoculados.

El jefe de Sanidad Militar puso estos datos en conocimiento del gobernador Concha en informe de 26 de enero de 1856, y —al parecer— ello bastó para que no se hablara más del asunto. Como apunta Manzini:

Mais, quelque grand que fut le desir du public et du *Journal de la Marine* pour connaître officiellement le résultat de l'inoculation, rien ne fut capable de faire sortir le gouvernement du plus absolu silence (11).

En opinión de Manzini —y todo su libro está destinado a fundamentarla— estos datos no eran suficientes para desechar la vacuna de Humboldt, pues la media de mortalidad por fiebre amarilla era de 25%, entre los contingentes llegados a la Isla desde Europa y durante su primer año de estancia. Aclara que él no había afirmado que la vacuna fuera efectiva, sino que no se había demostrado convincentemente que no lo era y, por ello, no debían haberse interrumpido los experimentos. Sin embargo, de los datos que ofrece Basterreche en su informe, resulta obvio —a nuestro entender— que lo menos que se podía afirmar de la vacuna era que no ofrecía protección efectiva alguna. Hoy sabemos, desde luego, que tenía que ser ineficaz, cuando no nociva.

La obra de Manzini ofrece un cuadro bastante lamentable de la higiene en torno al Hospital Militar, situado junto a la bahía habanera, en un lugar donde las aguas estaban constantemente estancadas, y sus opiniones sobre algunos facultativos habaneros tienden a ser infundadamente peyorativas. Apunta acertadamente a algunas de las dificultades que existían

para el diagnóstico de la fiebre amarilla y explica en qué podía consistir —en su opinión— el suero de Humboldt, aunque indica que éste siempre mantuvo su composición en secreto (por lo que, en realidad, no se sabe qué especie de víbora utilizó).

A casi siglo y medio de estos hechos parece muy extraño que alguien propusiera alguna vez que la fiebre amarilla podía ser causada por la mordida de una víbora (sobre todo cuando se sabe que en Cuba no había ni hay serpientes venenosas); pero también llama la atención que el «método profiláctico» de Humboldt fuera recibido —al menos al principio— con inusitado entusiasmo.

Aparte de que prometía una muy necesitada protección para las tropas españolas en una situación de emergencia (la guarnición de la Isla era, en 1855, de unos 17.600 soldados y oficiales, sin incluir la Armada), el tratamiento propuesto por Humboldt se amparaba en la entonces creciente popularidad de la homeopatía.

Es posible que en el propio 1853 (año en que se publicó en España) llegara a Cuba la *Exposición de la Doctrina Médica Homeopática* de Hahnemann (12), cuyos principios ya propagaba en la Península el afamado médico don Joaquín Hysern. En Cuba, uno de los principales defensores de la homeopatía era el médico de la sanidad militar Juan J. Hevia, fundador más tarde —con otras cuatro personas (Gregat, Valdés O’Farrill, Manuel Zapatero y Miguel Bellido Luna) —de la revista *Bandera de la Homeopatía* (1856-1858).

Después del fracaso del «método» de Humboldt, la homeopatía se hizo blanco de muchos ataques, como el publicado en 1856 por Federico Gálvez (13).

La obra de Manzini inspiró sin duda a más de un autor a seguir los pasos de Humboldt. Tal es el caso del ex-profesor del Colegio de Medicina Homeopática de Pensilvania (institución situada en Filadelfia), C. Neidhard, quien publicó (probablemente en 1869) un libro, en inglés, sobre el tema, el cual fue rápidamente traducido al castellano (14).

Neidhard quería dejar constancia de su prioridad en la aplicación del veneno de una víbora (*Crotalus horridus*) a la prevención de la fiebre amarilla, método que —según él— propuso en 1853 en Filadelfia, en varias publicaciones. Afirma que el uso de tal veneno «es probablemente el principal, si no el único y verdadero remedio homeopático hasta en los casos más formidables de esta enfermedad».

El propio Neidhard cita tres trabajos más que sostienen la misma tesis, por Holcombe, Elgin y Bablot (15). Este último autor —posiblemente cubano— era graduado del Colegio de Medicina Homeopática de Pensil-

vania y en 1870 presentó una explicación homeopática de la etiología de la fiebre amarilla (16), que fue hábilmente criticada por Joaquín García-Lebreo (17).

Aunque la homeopatía decayó algo en los años siguientes, Francisco Félix Mendoza y J. A. Terry lograron fundar en La Habana, en 1878, una nueva revista de esta tendencia, *El Hahnemanniano*.

Una última mención merece Guillermo Lambert de Humboldt, quien se presentaba como «doctor en medicina de las universidades de Viena, Berlín, Montpellier y Méjico, miembro de varias sociedades científicas de Europa y América», pero de quien Manzini dice: «Son éducation médicale paraît être assez incomplete».

El médico italiano lo describe como un hombre de treinta y cinco o treinta y seis años, alto, rubio, pero con la conformación típica y la tos seca de los tuberculosos. Humboldt le confesó que sufría de hemoptisis. Padeció de tres fiebres perniciosas durante su estancia en La Habana, y Manzini lo auxilió considerablemente en sus labores durante estos períodos de enfermedad.

Humboldt —siempre según Manzini— hablaba cuatro idiomas, español, francés, inglés y alemán, y este último era su lengua materna.

Humboldt abandonó La Habana a comienzos de noviembre de 1856. En febrero de 1857 los periódicos de México anunciaron su fallecimiento en Veracruz.

¿Quién era, en realidad, este extraño personaje? Manzini tenía dudas en cuanto a su identidad y sus principios; así lo manifiesta al comienzo mismo de su libro:

Nous ne sommes pas l'heritier de son secret, et nous ignorons même s'il l'a laissé ou non à quelque'un. Nous devons déclarer en outre, à l'effet d'établir bien nettement notre position vis-à-vis de tout le monde en général, et de nos confreres en particulier, que, des la moitié de septembre 1855, nous avons entierement rompu nos relations avec lui; car, dans le fond, nous nous étions toujours senti de l'elonguement pour un confrère dont l'identité était douteuse à plusieurs égards, et qui avait le grand tort, à nous yeux, de ne pas user noblement d'une découverte qu'il proclamait devoir être éminemment utile à l'humanité et rivale de celle de Jenner (18).

NOTAS

- (1) PRUNA, Pedro M. (1988): «¿Cómo se percibía la necesidad de una academia de ciencias en la Cuba colonial?». *Estudios de Historia Social* No. 44-47, pp. 569-75.
- (2) *Disertación sobre un nuevo método profiláctico contra la fiebre amarilla y su tratamiento consecutivo. Descubrimiento hecho y dedicado a la Real Academia de Ciencias Médicas de La Habana por Guillermo de Humboldt*. Archivo del Museo Naval de Madrid, indiferente 5, doc. 8, folios 46-86. Allí se hallan, también, los oficios correspondientes.
- (3) JACOBI y LARANJUEZ, Carlos (1912): «Un nuevo método profiláctico de la fiebre amarilla (Memoria escrita por el Dr. C. Jacobi, primer médico del Cuerpo de Sanidad Militar) (18 de abril de 1864)». *Anales de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana*, tomo 49, pp. 373-75.
- (4) DOMÍNGUEZ ROLDÁN, Francisco (1942): *Carlos J. Finlay, su centenario (1933), su descubrimiento (1881), estado actual de su doctrina (1942)*. Cultural, S. A. La Habana, p. 160. (La edición francesa es de 1935 e incluye este mismo párrafo.)
- (5) LE ROY y CASSÁ, Jorge (1963): «Desenvolvimiento histórico de los conocimientos sobre la fiebre amarilla». *Finlay, Revista Médico-histórica cubana*, No. 1, pp. 10-26. (La cita corresponde a la p. 20.)
- (6) GARCÍA MANZINI, Miguel (1970): «Dr. Nicolás Manzini y Carli». *Cuadernos de Historia de la Salud Pública*, No. 50.
- (7) MANZINI, Nicolás B. L. (1858): *Histoire de l'inoculation préservative de la fièvre jaune pratiquée par ordre du Gouvernement Espagnol a l'Hôpital Militaire de La Havane*. J. B. Bailliere et Fils, París. (En 80, xii+243 pp.)
- (8) Datos biográficos tomados de GARCÍA MANZINI, ob. cit.
- (9) MANZINI, ob. cit., p. 5.
- (10) *Ibidem*, p. 7.
- (11) *Ibidem*, p. 31.
- (12) HAHNEMANN, S. (1853): *Exposición de la doctrina médica homeopática u Organon del arte de curar*. Bailly Bailliere y Piferrer, Madrid y Barcelona. (En 80, xii+iv+192+viii pp.)
- (13) «Reflexiones críticas sobre la homeopatía». *Repertorio Económico de Medicina, Cirugía y Ciencias Naturales*, t. I, pp. 45-47, 54-58, 71-76, 87-96, 101-05, 111-14, 129-36, 150-53, 164-68, 182-86, 209-12, t. II, pp. 15-16, 28-29, 41-44, 59-62, 77-80. 1856 (Se trata de una traducción, al parecer del francés, realizada por Federico Gálvez. No se indica el autor).
- (14) NEIDHARD, C. (1861): *Sobre la eficacia del Crotalus Horridus en la fiebre amarilla, así como en las fiebres malignas, biliosas y remitentes, con una noticia de la inoculación profiláctica de Humboldt del veneno de una serpiente, en La Habana, Cuba*. Imprenta y Librería de D. Andrés Graupera, La Habana. (Fue impresa en Barcelona, 1861).
- (15) HOLCOMBE, Guillermo (Dr. en medicina, Natchez, Miss.): «Fiebre amarilla epidémica y su tratamiento homeopático». *North-American Journal*, 1853 (en inglés), ELGIN, S. C.: Carta al Editor de *Picayune* de Nueva Orleans sobre el contagio de la enfermedad (en inglés). BABLOT VALDEZ, Luis Lorenzo: *De la importancia de Lachesis y Crotalus como específicos de la fiebre amarilla, y de varias consecuencias trascendentales que de ella resultaría. Tesis presentada al Colegio de Medicina Homeopática de Pensilvania, el 15 de febrero de 1857*. La Habana.
- (16) BABLOT, Lorenzo (1870): «Ensayo sobre una nueva teoría químico fisiológica de la fiebre amarilla endémica de las Antillas». *Anales de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana*, tomo 6, pp. 241-46, 283-87, 308-13, 360-67.
- (17) GARCÍA-LEBREDO, Joaquín (1870-71): Ensayo sobre una nueva teoría químico-fisiológica de la fiebre amarilla endémica de las Antillas. Informe de la Academia de Ciencias. *Ibidem*,

tomo 7, pp. 77-90, 185-94, 275-76, 278-80, 283-84, 336-42, 582-91: tomo 8, pp. 300-01, 347-57, 404-13, 449-63.

(18) MANZINI, ob. cit., p. ix.